

LA DIVULGACION EN ESPAÑA

Revistas de divulgación, el «boom» español

Hace tan sólo diez años, en España apenas se imprimían al mes unos pocos miles de ejemplares de revistas cuyo contenido fuera asimilable a lo que hoy consideramos divulgación científica. Hoy la tirada mensual de este tipo de revistas supera ampliamente el medio millón, e incluso muestra una clara tendencia al aumento incesante. ¿Qué ha pasado en nuestro país para que se produzca tamaña revolución cultural?

Ante todo conviene precisar que más de la mitad de los ejemplares totales pertenecen a una sola publicación, «Muy Interesante». Una revista editada por una empresa alemana que ya tenía la experiencia de este tipo de publicaciones, y que con gran sorpresa por parte de todos, editores incluidos, se colocó en muy pocos meses entre las revistas más vendidas del país. Probablemente, porque supo acertar con el nivel de divulgación, con el lenguaje, con el apoyo gráfico que el público requería de forma mayoritaria.



Actualmente, con más de 300.000 ejemplares de tirada, «Muy Interesante» constituye un fenómeno difícil de explicar, pero que indudablemente responde a una clarísima necesidad de los españoles que nadie, hasta el momento de la aparición de la nueva revista, había sabido comprender. La curiosidad, no exenta de inquietud, de una gran parte de la población, atenta a los cambios científicos y tecnológicos del mundo cambiante en que vivimos, pero ignorante de muchas de sus características básicas. Una publicación capaz de compensar esas deficiencias de una incompleta educación cultural en lo científico, y además capaz de entretener y, por qué no, divertir a sus lectores, no tenía más remedio que tener éxito. ¿Cómo no nos dimos cuenta antes?... Quizá no era tan evidente hace diez años, pero ahora parece increíble.

Cuando apareció «Muy Interesante», en España ya se había iniciado la era de las revistas de contenido científico con la publicación en castellano del prestigioso «Scientific American», bajo el nombre de «Investigación y Ciencia».

Desde luego, esta revista tiene muy poco que ver con «Muy Interesante»; aunque la temática de muchos de sus artículos fuera parecida. «Investigación y Ciencia» es una revista que publica artículos de divulgación de científicos para científicos, y por tanto difíciles de entender por quien no posea un sólido bagaje cultural en las distintas disciplinas abarcadas. Todo lo contrario que «Muy Interesante», cuyos temas están, en el fondo y en la forma, mucho más al alcance del público en general.

Un par de años más tarde vinieron otras dos publicaciones a rellenar, en cierto modo, el hueco existente entre las dos pioneras: «Mundo Científico»,



adaptación al castellano de la francesa «La Recherche» y similar en estilo al «Scientific American», aunque con temática algo más asequible para los no especialistas; y «Conocer», que venía a cubrir el hueco que en Francia ocupa la revista «Science et Vie», líder europeo, con sus 450.000 ejemplares mensuales, del mundo de revistas de divulgación. En ese mismo estrato de revistas se integró unos meses después, «Nuevo Algo», hoy «Algo 2000». Y por esa misma época apareció «Natura», una revista igualmente divulgativa pero centrada esencialmente en los temas naturalísticos (zoología, botánica, geología, conservación de la naturaleza, ecología...).

Todas ellas suman más de medio millón de ejemplares. Resulta difícil saber con exactitud la difusión real de las revistas, pero nos equivocamos muy poco si colocamos a «Muy Interesante» en 300.000 ejemplares, «Natura» en unos 80.000 y «Conocer» en 60.000, «Algo» en 30.000 y «Mundo Científico» e «Investigación y Ciencia» en unos 45.000 cada una. Pasar, en una década, de casi cero a casi 600.000 ejemplares al mes, ¿es o no un milagro? La década prodigiosa de la divulgación, sin duda...

La televisión, asignatura pendiente

Quizá es que en España no hay buenos profesionales de televisión capaces de realizar programas de divulgación atractivos. O quizá, y esto es más probable, es que no exista sensibilidad alguna por parte de los programadores al respecto. Pero lo cierto es que existe un enorme vacío en estos temas, y que si las revistas han conocido un auge espectacular, la televisión está ahora incluso peor que hace unos años.

Claro que hubo un Rodríguez de la Fuente, e incluso sobrevive, como oasis en el desierto, un Ramón Sánchez Ocaña. Tuvimos, hace ya años, la oportunidad de ver a Carl Sagan en «Cosmos». Y en la Segunda Cadena, que ni siquiera pueden ver todos los españoles, hubo y todavía hay algún que otro programa de interés: «Horizontes», R. Sánchez Ocaña; «Alcores» y «Última frontera», M. Toharia; «A ciencia cierta», Esteban Sánchez Ocaña; «Fases», Ernesto Quintana; «Suplementos-4»; «Hacia el futuro», M.

Toharia... Pero en estos últimos años eso es casi todo. ¿Cuántos programas deportivos, económicos, e incluso literario-artísticos se han emitido entre tanto, y además en la Primera Cadena? Y no conviene citar los concursos o debates de todo tipo, muy pocos de ellos científicos, dicho sea de paso, por no abrumar.

La ciencia y, en general, la cultura, parece estar condenada a la Segunda Cadena. Lástima llegar a sólo 3 ó 4 millones de espectadores en lugar de doce o quince. ¿Presunción? Nada más lejos de la realidad: las revistas de divulgación, los suplementos de prensa, las páginas especiales en las revistas de información general, incluso los programas de radio nos hablan del enorme interés de la sociedad española actual por los temas científicos. Todos parecen haberse enterado, con cierto retraso, es verdad, excepto TVE, que sigue inasequible al desaliento prescindiendo de este tipo de programas.

Divulga que algo queda

Quizá una de las preguntas que más me llaman la atención en los coloquios que prolongan las charlas acerca de la divulgación científica sea aquella que plantea la posible necesidad de controlar o incluso limitar el contenido de la información por mor de razones de orden superior, léase de tipo ético, religioso, sociopolítico. Al margen de que sería discutible si es superior el orden ético o religioso o sociopolítico al orden estrictamente cultural, como enriquecimiento individual de la persona que quiere saber cómo es el mundo en que vive, lo que a mi me resulta evidente es la necesidad del hombre por saber cada vez más cosas. Lo cual engendra, necesariamente, un mayor nivel de desconocimiento crea, curiosamente cada vez más desconocimiento. Por eso, algunas mentes represoras se sienten seguras con lo que ya hay, en la seguridad de que si no sigue avanzando en la ciencia no tendremos nuevas incógnitas que llevarnos a la boca, y por tanto estaremos todos más tranquilos, es decir, más controlables.

¿No les recuerda eso el avestruz que se tapa los ojos para no ver el peligro que le acecha? Pues bien, mi opción personal es la del antiavestruz. Lo cual no significa que tenga nada contra estos bellos animalitos, ni mucho menos, sino que me parece indigno e indignante aplicar al comportamiento cultural humano una actitud tan primitivamente animal. La ciencia debe proseguir su camino. Además, aunque fuéramos capaces de prohibirselo, seguirá haciéndolo pese a quien pese. Con la necesaria prudencia, desde luego, pero sin barreras controladoras. Porque, ¿quién controla al controlador? Divulguemos, que algo quedará. Un pueblo bien informado, cultivado en el orden artístico-literario como en el científico-tecnológico, será un pueblo más libre de tomar sus propias decisiones, más dueño de su propio destino. Y eso es precisamente lo que yo deseo para la sociedad en la que vivo y en la que me gusta vivir. Y en este desideratum, la divulgación del hecho científico ocupa, sin duda, un lugar de especial trascendencia.

MANUEL TOHARIA

El lenguaje en la radio y la prensa

Aunque el idioma que nos sirve para comunicarnos sea el mismo, resulta obvio que los científicos utilizan un lenguaje (vocabulario, abstracciones, sintaxis especiales, etc.) que resulta difícil de entender por parte de los no iniciados. La divulgación se enfrenta así a uno de sus retos más difíciles: conseguir «traducir» ese lenguaje de forma que llegue a ser comprensible, sin perder por ello su esencia básica, es decir, el rigor del discurso científico. El divulgador se encuentra siempre en una especie de tierra de nadie, a mitad de camino entre el exquisito rigor de lo científico y la aparente sencillez del lenguaje de todos los días. Y no existen soluciones mágicas que permitan resolver el problema; la divulgación debe atender, eso sí, al público preocupado pero también debe procurar despertar en ese público un interés, incluso una inquietud, no siempre evidentes en el lenguaje de la pura ciencia.

RADIO Y PRENSA DIARIA

Este es el esfuerzo diario con el que se enfrentan los conductores de los principales programas de divulgación científica de la radio y los coordinadores de los suplementos de prensa. No hay mucho donde elegir, todavía. Por citar algunos, el programa que dirige Toharia en la SER o el ya veterano «La salud es lo que importa» de Bartolomé Beltrán en Antena 3. Mientras la radio parece haber encontrado su sitio y su forma, la prensa diaria ensaya distintos modelos —suplementos, páginas específicas, integración en las páginas normales— tal como podemos ver en algunos periódicos como La Vanguardia, El País, ABC, Diario 16, El Periódico de Cataluña, etc. La actualidad científica y la divulgación de la ciencia está presente, también, en todos los Suplementos de Educación. Destaca, en este sentido, la sección de Ciencia del Suplemento «La Voz de la Escuela», que edita todos los miércoles del curso escolar La Voz de Galicia, y que se publica luego en otros diarios regionales como El Correo Español-El Pueblo Vasco, Heraldo de Aragón y Diario de Mallorca, con una tirada que supera los 300.000 ejemplares.